

Antonio de Ciudad Real

“De cómo el padre fray Alonso Ponce recibió por comisario general de Nueva España al padre fray Bernardino de San Cebrían, vistos los recados que le envió”

p. 378-379

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo II

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

[CAPÍTULO GLX]

*De cómo el padre fray Alonso Ponce recibió por comisario general
de Nueva España al padre fray Bernardino de San Cebrián,
vistos los recados que le envió*

Llegados los dichos frailes al convento de Campeche, y no descuidándose de su legación, después que hubieron descansado algún tanto, prosiguieron su viaje camino de la cibdad de Mérida, donde todavía se estaba el padre fray Alonso Ponce, a donde llegaron domingo de
ENERO mañana, ocho de enero de mil quinientos ochenta y nueve
1589 años. Iba el principal dellos muy temeroso, sospechando que el padre Ponce le había de recibir mal, y aun temiendo que le había de prender o hacer algún mal tratamiento, pero presto salió desta sospecha, y fue libre destos miedos, porque en entrando en su celda fue recibido dél con tanto amor, y le trató con tanta familiaridad y llaneza, que luego comenzó a volver en sí y cobrar aliento y ánimo, y le dio los recados y cartas que llevaba, que eran un traslado autorizado de una patente del padre ministro general, para el mismo padre Ponce, en que le mandaba que luego recibiese y aceptase por comisario general de la Nueva España al dicho padre fray Bernardino de San Cebrián, y que le diese cuenta y razón de todo lo que hubiese hecho en las provincias de su distrito durante su gobierno; y que habiéndola dado se embarcase en la primera embarcación, y viniese a España a su presencia, o a la del padre comisario general de todas las Indias, que reside en corte. Con esta patente iba una carta original del mismo padre ministro general, para el mismo padre Ponce, en que le decía que habiendo sabido los trabajos que en su ministerio había tenido, y el mal modo de los de la provincia de México, así en resistirle como en acudir con todas las cosas al virrey y a sus ministros, y teniendo atención a que cuando hay semejantes divisiones en las provincias todo va en ruina, había proveído por comisario general al dicho padre fray Bernardino, que le rogaba lo recibiese con mucho amor y le hiciese buen lado. En leyendo el padre fray Alonso Ponce esta carta, antes de leer la patente sobredicha, dijo con mucho contento al fraile que se la dio, que de muy buena gana le recibía por su prelado, porque esto era lo que él deseaba, verse libre de una carga tan pesada como era aquella. Y desde aquel punto en adelante, en sus pláticas y conversaciones, y en la manera de tratar con todos, se hubo como si nunca hubiera sido comisario general, por tener como tenía muy apartado de su corazón el apetito y voluntad de mandar, que otros nunca acaban de desarraigar de

sí después que una vez comenzaron a gustar de semejantes oficios. Sin estos recados le dio también aquel fraile otras dos cartas del padre comisario general nuevo, en que, con palabras muy comedidas y de mucho encarecimiento, le pedía fuese luego a verse con él, porque no pensaba dar paso sin tal guía, y que fuese al convento de Xalapa, a donde él saldría a recibirle, porque ya para ello tenía el beneplácito del virrey, y que si su ventura fuese tan corta que no pudiese ir a su presencia, entregase los sellos del oficio y los papeles que tenía al portador. Esto mismo le envió a rogar y mandar, por obediencia, por una patente que iba con estas cartas, firmada de su nombre y sellada con el sello mayor de la provincia del Santo Evangelio, que ya tenía en su poder, del cual usó hasta tanto que hubo nuevo provincial, y desde entonces hasta que el padre Ponce le entregó los de su oficio, selló con un antiguo que halló en el archivo del convento de San Francisco de México; y aunque el dicho padre comisario general tuvo primero intento (como en su carta decía) de no dar paso en la provincia sin verse con el padre Ponce, viendo después cuán revuelta y marañada estaba toda, por haber estado tanto tiempo sin prelado legítimo ordinario que la gobernase, y siendo por otra parte importunado de muchos, y aun del mismo virrey, a que la visitase y sacase provincial, hubo al fin de condescender con ellos y visitarla muy a prisa y casi por la posta, por sí y sus comisarios, y tener capítulo antes que el padre Ponce entrase en ella, como adelante se dirá.

[CAPÍTULO CLXI]

De cómo el padre Ponce partió de Mérida para la provincia de México, y llegó al puerto de Campeche

Cuando el provincial y difinidores y demás frailes de la provincia de Yucatán tuvieron noticia de estas nuevas, y supieron ser ciertas, hicieron todos muy grande sentimiento, porque todos querían y amaban al padre fray Alonso Ponce, y estaban contentísimos con su gobierno y modo de proceder. Y considerando algunos lo que el padre comisario decía en su carta cerca de que fuese a Xalapa, adonde él saldría a verle y, infiriendo de aquí que el virrey no quería, ni querría jamás que subiese más arriba hacia México, sospechaban y temíanse que el llamarle era con cautela,